

En vez de ir imitando
 á estas hijas de Cristo,
 á quienes va matando
 la nostalgia de un cielo que no han visto,
 yo, fingiendo una santa penitencia,
 es tanto lo que lidio
 por terminar cuanto antes mi existencia,
 que entregada al cilicio y la abstinencia,
 es mi vida ejemplar un suicidio.
 ¡Morir! Nada hay que consolarnos pueda
 de una ilusión perdida,
 y más cuando en la vida
 la hermosura se va y el amor queda.
 ¡Morir! y morir pronto; he aquí la suerte
 que anhelo con empeño:
 como el hombre cansado llama al sueño,
 busca el triste el consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
 de estas pobres mujeres
 que atentas á cumplir con sus deberes
 por el camino real marchan al cielo,
 deseo arrepentida
 morir creyendo en Dios y en la otra vida:
 y aunque ruegan por mí con fanatismo
 estas monjas honradas,
 que creen que purifican mis miradas
 lo mismo que las aguas del bautismo,
 aun temo por el fin del alma mía,
 porque yo siempre he sido
 una grande impostora que ha sabido
 inspirar una fe que no tenía;
 y aunque hoy, crédula y tierna,
 el recuerdo del ser por quien suspiro
 es el cristal de aumento con que miro
 los horizontes de la vida eterna,
 tengo dudas si, al fin de la jornada,
 podrá morir del todo arrepentida
 esta desventurada
 que ha pasado la vida
 mirando á lo infinito sin ver nada.

VI

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
 la muerte del planeta?
 ¡Los mármoles estallan con el frío,

y una bruma pesada el mar aquietta!
 ¡Adiós, adiós! ¡Voy á morir en breve,
 pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
 sobre el mundo desierto
 echa el cielo una sábana de nieve,
 y oculta entre la atmósfera sombría,
 alguna mano fría
 parece que me entierra
 entre esa nieve, que será algún día
 el último ropaje de la tierra.

VII

¡Cuánto adoré y sufrí! ¡Pero adelante!
 ¿Qué importa lo sufrido y lo gozado,
 si después que los días han pasado
 lo mismo son un siglo que un instante?
 La leyenda irrisoria
 de mis tristes errores
 pasó ya, como pasa la memoria
 de los grandes placeres y dolores!
 ¡Reyes y emperadores,
 siglos de horror y de pasada gloria,
 todo caerá en la sima de la historia
 como el hoy y el ayer de mis amores!

CARTA SEXTA

DE FLORENTINA AL AUTOR

Florentina da noticia de la muerte de Carmela al autor, explicándole las
 circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

I

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!
 Galante en procederes
 y en las palabras tierno,
 cualquiera dirá que eres
 un ave que hace nidos en invierno.
 ¿No ves, querido monstruo sin entrañas,
 que al ponderar tu amor como un falsario
 á esta pobre aldeana á quien engañas,
 te dirán que nos habla un millonario
 del placer de vivir en las cabañas?
 Es de tu ciencia el singular secreto

que tu vida es un viaje sin objeto ;
y yo, llamando monstruo al que me olvida,
no encuentro más que monstruos en la vida ;
y así, uno engañador y otra engañada,
somos dos seres de experiencia llenos,
que si tú sabes que la ciencia es nada,
yo sé también que la pasión es menos.

II

Empezaba á decir... ¿qué te decía ?
¡ Ah! sí; que el alma mía
no es fácil que deteste
á un hombre que algún día
estudió en mi garganta anatomía,
y en mis ojos mecánica celeste ;
pues recuerdo, embriagada de contento,
que apelando á la noble poesía,
hija y madre á la vez del sentimiento,
tu lira bondadosa
me llamó un día hermosa,
é hizo un canto impregnado de tristeza
á la última rosa
que llevé de novicia en la cabeza.

III

Voy, pues, ya que lo ordenas,
de una vida que amé más que la mía,
á pintarte las últimas escenas,
mitigando el dolor con mi alegría,
pues sé, Ramón María,
que te fastidian, como á mí, las penas.
Y ocultando, si puedo, mis dolores,
al rendir el tributo
de mis tiernos loores
á una mujer que tuvo en sus amores
la estúpida virtud de lo absoluto,
te diré que ha acabado su existencia,
sintiendo la influencia
de ese inmortal deseo no apagado
de que vuela empapado
el soplo de la brisa de Valencia,
fascinadora brisa
que hizo que ambos tuviesen la gran suerte
de imitar en la vida y en la muerte
el amor de Abelardo y Eloísa.

IV

Sabrás que de la vida de Carmela
hizo al fin el milagro una novela,
pues la hermana Consuelo y otra hermana,
ignoro si por sueño ó desvarío,
refieren que á la luz de la mañana
encontraron su féretro vacío ;
y la hermana Consuelo,
que cree que todo el mundo ha de ir al cielo,
y que al velar, durmiéndose, á la muerte,
pudo soñar despierta,
como el hecho del mundo más sencillo
cuenta, de fe exaltada,
con su voz natural desafinada,
que á un fantástico brillo
vió vestida y calzada
á María Carmela del Castillo
subir á lo inmortal transfigurada.
Y como no hay manera
de evitar que en milagros y en agüeros
una madre embustera
pueda engendrar mil hijos embusteros.
la historia de esta monja milagrera
será la que tendrán por verdadera
los bobos de los siglos venideros.

V

Y como en cosa de ilusión tan rara
siempre ha habido encontrados pareceres,
me dicen que sor Clara,
una monja que mira cara á cara
lo mismo que en el siglo las mujeres,
y sor Juana, que inspira
al capellán, que fué de regimiento,
y que, hipócrita, aspira
á ser la superiora del convento,
andan diciendo ahora
que entre un criado mío y el portero
la sacaron, poco antes de la aurora,
en el carro del pan del panadero ;
¡ inútil presunción!, pues siempre ha sido
el imán de nuestra alma lo imposible,
y como esto es tan real y tan creíble,
por lo mismo será menos creído.

VI

Por lo dicho verás que me consagro
 á dar fuerza á la idea del milagro,
 y es porque así preveo
 que el pueblo, con su inmenso clamoreo,
 de mi amiga Carmela hará una santa;
 idea que me encanta,
 pues además de merecerlo, creo
 que la virtud que hay en la tierra espanta.
 Fué admirada de tantos,
 que es natural que aquellos que la lloran
 ya muerta multipliquen sus encantos,
 porque siempre los seres que se adoran,
 á la fuerza han de ser héroes ó santos.
 Y por eso declaro
 que mi empeño lo fundo
 en que este caso de histerismo raro
 se quede en el secreto más profundo.
 ¡Oh fuerza del misterio! En este mundo
 nadie se hace matar por nada claro.

VII

Mas juzgando el milagro una impostura,
 un recto magistrado,
 que todo el mundo sabe
 que es tonto, y para un tonto es todo grave,
 con mucha gravedad ha encomendado
 á otro insigne letrado
 que busque con premura
 el rincón de la tierra
 en que estén de ella y él la sepultura
 (secreto impenetrable que se encierra
 en mi pecho con triple cerradura),
 y que, poniendo mano
 en esa indiscernible
 frontera de lo real y lo invisible,
 certifique por medio de escribano
 lo que haya en el milagro de creíble;
 y como es su torpeza
 igual á la destreza
 de otras muchas y grandes dignidades,
 que aunque no hacen ni dicen necedades
 son necios de los pies á la cabeza,
 el famoso letrado,
 con el mayor cuidado
 desplegará cuanta malicia quepa

en un magín de textos incrustado,
 probando que el cadáver fué robado
 por quien ya se sabrá cuando se sepa.

VIII

Y yo que con rodeos,
 entre las malas condiciones mías
 acostumbro á ocultar mis baterías
 marchando en línea recta á mis deseos,
 para hacerle creer cualquiera cosa
 ya cuento con su esposa,
 mujer por los milagros entusiasta
 y buena de tal modo,
 que si fuese tan limpia como casta
 sería una virtud pura del todo;
 pues ella es de esos seres elegidos
 santos hasta el exceso,
 que nunca á sus maridos
 les dan en tiempo de Cuaresma un beso,
 y que con alma de rezar sedienta,
 amontonando preces sobre preces,
 suele leer, de fe calenturienta,
 los libros de moral hasta las heces,
 y en este año leyó, según me cuenta,
 el dichoso Telémaco diez veces,
 que después de otras treinta, hacen cuarenta;
 y ella al fin, anulando con su celo
 de su esposo los planes,
 inútil hará de él todo el desvelo,
 y por grandes que sean sus afanes,
 como suelen decir los alemañes,
 no llegarán los árboles al cielo.

IX

Y como siempre Maquiavelo ha sido
 para mí una inocente criatura,
 pues han hecho entre el médico y el cura
 de mi mente un estanque corrompido,
 suceda, en conclusión, lo que suceda,
 más que la curia he de poder yo sola,
 porque en último caso, á mí me queda
 lo que llama Argensola
 la grave autoridad de la moneda;
 y al peso del dinero, en el sumario
 del milagro se hará pleito ordinario,
 y el tiempo, ese tirano sin segundo,

encauzará en lo real lo imaginario ;
pues el vulgar deber es el sudario
que envolverá el cadáver de este mundo.

X

¡Carmela del Castillo, alma bendita,
confía en mis cuidados ;
sé que el sepulcro es un lugar de cita
de todos los amantes desgraciados !
Y ya ves que no olvido
que hablándome de Pablo, me decías :
¿No habrá algún ser querido
que mezcle sus cenizas con las mías ?
¡Los dos en un sarcófago ignorado
reposaréis en paz, almas inquietas,
y uno del otro al lado
os verá el sol del día en que cansado
deje Dios de su mano á los planetas !

XI

¡Cuánto envidio á esas almas tan honradas
que, no estando tocadas
de la común miseria,
viviendo en lo fantástico elevadas
cual Platón llaman *lo otro* á la materia !
¡Bendito el santo fuego que redime
á esos seres benditos
que están por su pasión por lo sublime
ebrios siempre de sueños infinitos !
¡Candorosos ensueños de mi cuna,
renovad mis primeras emociones !
¿Qué realidad hace feliz ? Ninguna.
Pues si sólo hay verdad en las ficciones ;
si sólo, en lo ideal, da dicha alguna
la fe que hace latir los corazones...
¡quítame, oh Dios, el oro y la fortuna,
pero vuélveme á dar las ilusiones !

LOS BUENOS Y LOS SABIOS

POEMA EN CINCO CANTOS

A mi idolatrado hermano *Leandro*

CANTO PRIMERO

JUAN FERNANDEZ

I

Tocó á Pedro la suerte de soldado ;
pero hombre sabio y sin ningún denuedo,
todo desconcertado,
la sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa había
otro hermano más joven que tenía,
como buen labrador, gustos sencillos,
gran corazón, gran pie, grandes carrillos,
y unos puños más grandes todavía,
el padre, por la madre aleccionado,
—Si á Pedro le ha tocado ser soldado
y tanto el traje militar le asusta,—
pregunta á todos de inocencia lleno,—
¿hay cosa más sencilla ni más justa
que vaya por él Juan, siendo tan bueno?—
Y nadie, por temor ó hipocresía,
contra esta vil sustitución reclama.
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,
comparado con Pedro, que tenía
la ambición del saber y de la fama ?
Y el cura, el alguacil y el cirujano,
todo el género humano,
encuentra natural que Juan, gozoso,
sacrifique á la ciencia de su hermano
su fortuna, su amor y su reposo.
Y á ninguno subleva esta injusticia
hecha á un ser sin malicia,
de aspecto agreste y de carácter tierno.
¡Oh bondad ! ¡Tú despiertas la codicia
de todos los demonios del infierno !